

La otra vida

El día 16 de enero de 2008, un jurado presidido por Rogelio Blanco Martínez y compuesto por Fernando Marías y Ana Rossetti otorgó el Accésit del VI Premio de Narrativa Caja Madrid, dotado con 6000 euros, a la novela finalista *La otra vida*, de Juan Serrano Cazorla.

La otra vida
Juan Serrano Cazorla

JSC Editor

Copyright © Del texto: Juan Serrano Cazorla, 2010-2015
www.juanserranocazorla.com
Todos los derechos reservados

Copyright © Imagen de portada: hikrcn-Fotolia.com

1ª Edición: abril de 2015
ISBN: 978-84-606-7102-2
Impreso por Createspace

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra.

Índice

Prólogo del narrador	13
Primera parte	17
Segunda parte	135
Tercera parte	281
Epílogo	341

A mis padres

Prólogo del narrador

Durante muchos años, me afané en enterrar el pasado, me esforcé en borrar de mi memoria las imágenes de un breve periodo de mi vida que determinó de forma crucial mi existencia posterior. Mi perseverante esfuerzo sirvió para apaciguar el dolor, que, con el paso del tiempo, terminó disipándose. Pero, después del dolor, la tentación hizo acto de presencia. Hace tres años, esa persistente tentación me llevó a rescatar, del interior de una caja fuerte que permaneció cerrada durante mucho tiempo, las cartas que, al final de mi adolescencia, le escribí a la persona más importante de mi vida. Fueron muchas las ocasiones en las que releí, con creciente fascinación, esas cartas. Y, al contrario de lo que yo temía, el dolor no resucitó. En su lugar, brotaron en mí un sentimiento de compasión y otro de admiración hacia aquel adolescente que escribió unas cartas tan tristes como bellas.

Así pues, la relectura de esas cartas me permitió recomponer, pieza a pieza, el puzle del pasado. Por extraño que parezca, esa tarea me resultó de lo más reconfortante. Lo fue, en primer lugar, porque, al evocar yo los acontecimientos pretéritos, constaté que el dolor que aquéllos me infligieron me había convertido en un ser superior al que era por entonces; y, en segundo lugar, porque me reencontré con un extraordinario material que sin duda merecía que yo, ahora que había alcanzado mi primera madurez creativa, le confiriera entidad literaria. Durante bastante tiempo, el pudor me impidió tomar la decisión de llevar a cabo tan delicada empresa. Pero, finalmente, me sobrepuse a ese pudor y, por consiguiente, resolví que mi primera obra literaria poseería raíces autobiográficas.

De todos modos, mi intención nunca fue la de escribir una obra mimética. Por tanto, el texto que he construido no refleja de forma fidedigna y exacta los hechos reales, sino que los desfigura. Prueba de este propósito es que he sometido las cartas que le escribí a mi confidente a un meticuloso proceso de reescritura para que la calidad de su prosa adolescente alcance la del resto de capítulos de la obra, que bien amplían determinada información contenida en las misivas, bien aportan información importante que no está presente en éstas. Esencialmente, he mejorado el léxico y la sintaxis del texto original de dichas cartas; he redistribuido también la información de la forma más adecuada. No obstante, el contenido informativo e ideológico de las cartas permanece casi intacto: solo en algunos casos he ampliado o restringido dichos contenidos. Por otra parte, he ocultado la identidad real de las personas que intervinieron en esta historia tras nombres ficticios. El pueblo costero –al que no le he asignado ningún nombre– en el que se desarrolla la mayor parte de la acción no es exactamente la población real en la que tuvieron lugar los hechos, sino una mezcla de diferentes ámbitos geográficos costeros que he visitado a lo largo de mi vida.

Ahora que he terminado esta novela, ahora que he sublimado el doloroso pasado, puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que la literatura es lo más hermoso que hay en este mundo.

Barcelona, mayo de 2004

Primera parte

Fueron las aguas opacas que espoleaban las rocas del rompeolas las que me mostraron el destello plateado, pigmentado por el oro, que secuestró mi atención y sometió mi inteligencia durante aquel verano imborrable. Fue la magnificencia de aquel destello –y, en buena medida, sus súbitas apariciones y desapariciones– la que estrechó los vastos confines de mi vida, la que desalojó de mi mente todos los objetos que, hasta entonces, habían nutrido mi existencia; fue el afán de buscar, capturar y poseer aquel destello esquivo el que tiñó los días de aquel verano de mi adolescencia de una belleza desoladora.

Cuando mi tío y yo accedimos, todavía somnolientos, al escarpado rompeolas, ya asomaba el sol, perezoso y prometedor, por el horizonte, iniciando así su peregrinaje por un cielo azul y límpido que prometía contribuir, con su benevolencia, a satisfacer el afán que nos había traído hasta allí. El mar presentaba, afortunadamente, una cabellera rizada cuyas puntas espumosas acariciaban los bloques de cemento; las aguas, además, burbujearon. «¿Lo oyes?», me preguntó mi tío. «¿El qué?», respondí yo. «La risa del agua». «¿Qué risa, tito». «¿No oyes cómo se ríe el mar? ¿No oyes las burbujas?». «Yo no oigo nada». «Pues no puedes pasar por alto detalles como ese. Son fundamentales. Párate y escucha con atención lo que el mar tiene que decirte». Yo, que intuía que iba a recibir la primera lección magistral, detuve mis pasos, cerré los ojos y, tras unos segundos de desconcierto, escuché aquella sutil sinfonía que, en primera instancia, me había pasado desapercibida. «Sí, sí, ya lo oigo». «¿Lo ves? Solo tienes que prestar atención». «¿Y que el mar burbujee es una buena señal?». «¡Y tanto! El mar está contento,

sobrino. ¡Hoy va a ser un gran día! Dime, ¿no notas el viento? Mira hacia el mar y dime de dónde viene el viento». Fijé la vista en la franja del horizonte y aspiré la tenue brisa marina, que olía a salitre fresco. «Viene de mar adentro». «En efecto. Al mar le gusta que lo peinen desde atrás. Por eso está hoy tan contento. Tienes muchas cosas que aprender. Recuerda que, en esta vida, no hay efectos sin causas. El éxito, por tanto, depende de la pericia que se tenga para identificar esas causas. Recuérdalo bien. Pero vamos, que hoy tenemos que darnos prisa».

Después de aquella conversación reveladora, mi tío y yo continuamos caminando por la carretera, que, a lo largo de su flanco izquierdo, cobijaba los bloques de cemento que constituían el rompeolas. Desde nuestra posición elevada, mi tío divisó en la lejanía el apostadero al que nos dirigíamos: un bloque de cemento sobre el que se había construido una plataforma metálica que se adentraba unos cuantos metros en el mar. «¿La ves? ¿No es preciosa?». «¿Todo eso lo has hecho tú, tito?», le pregunté asombrado. «Con estas manos que ves. Seis meses tardé en construirla. Y ya tiene quince años». Al contemplar la majestuosidad de aquella lengua metálica que se elevaba un par de metros por encima del nivel del mar, al escrutar su esqueleto y descubrir la minuciosidad con la que había sido elaborado, me convencí de que mi tío amaba realmente la actividad para cuyo ejercicio había sido construida. En ese momento, mientras nos acercábamos a la arquitectónica plataforma incordiados por el chasquido que prorrumpían las oxidadas ruedas del carro que arrastraba mi tío, me pregunté si algún día, llevado por una pasión cualquiera, yo sería capaz de tomarme tantas molestias como las que se tomaba él a diario; y es que, ciertamente, la tenaz dedicación que mi tío le brindaba a aquella actividad en la que yo pronto me iniciaría se me antojaba desproporcionada y, por tanto, incomprensible. Mi adolescente inteligencia, egregia pero poco experimentada, estaba convencida por entonces de que no había nada en este mundo que pudiese ocupar todo el espacio de nuestra mente; así que resulta razonable que yo tuviera una gran curiosidad por conocer cuál era la mágica naturaleza de aquella actividad que tenía sometido al sensato y docto hermano de mi madre. De todos modos, yo estaba seguro de que, fuera cual fuera su encanto,

jamás lograría anegarme, como a mi tío, en sus aguas seductoras. Y la verdad es que no lo hizo; probablemente, porque fueron otras aguas más poderosas las que mitigaron su influjo.

«Bajaré yo primero. Tú quédate aquí arriba y, cuando te avise, me vas pasando las cosas del carro», me ordenó mi tío cuando nos detuvimos, deslumbrados por un sol plétórico, junto a una escalerilla de acero inoxidable que facilitaba el acceso al escarpado rompeolas. «¿También la has hecho tú?». «Por supuesto. Y anda que no va bien. Si intentas bajar aquí de un salto, te puedes pegar un porrazo de aúpa», me advirtió desde la escalera. «Tampoco está tan alto», estimé yo. «Tú no lo intentes, no vaya a ser que tengamos un disgusto. Venga, ve dándome las cosas». Una vez que trasladamos todos los bártulos desde el borde de la carretera hasta la espaciosa plataforma, tardamos un buen rato en montar 'el chiringuito', expresión esta que mi tío empleaba con frecuencia. El que se había proclamado a sí mismo mi maestro, a pesar de que no dejaba de decirme que hoy nuestras presas podían llegar más pronto de lo habitual, comenzó a moverse de una forma parsimoniosa y precisa; sin precipitación alguna, fue manipulando los objetos, colocándolos en su exacta posición. A mí tanta lentitud, tanta delicadeza me exasperaba. Yo me preguntaba, por ejemplo, por qué tenía que modificar tantas veces la posición de las anillas de la caña si, en el primer intento, ya había logrado una alineación prácticamente perfecta; o por qué comprobaba una y otra vez la muerte de los anzuelos y los nudos de las bagas. Tan eterna e insufrible se me hacía aquella espera, que le dije a mi tío: «¿Te queda mucho? ¿No decías que hoy podían llegar pronto? Pues a este paso las vamos a perder». «Eso no importa, sobrino. Lo verdaderamente importante es que, cuando lleguen, todo esté perfectamente preparado. Ellas son muy exigentes; son recelosas, caprichosas, esquivas e impredecibles; en este sentido, se parecen mucho a las mujeres. Cualquier error previo, cualquier descuido haría imposible su captura. Si, cuando ellas penetren en nuestra zona, alguno de los elementos de nuestra sofisticada emboscada se resiente, lo percibirán de inmediato y, entonces, huirán de nuestro *pesquil* y no regresarán en toda la mañana. Y eso no nos interesa, ¿verdad? No nos interesa que ellas tomen conciencia de que nuestro *pesquil* es un lugar

peligroso. Así que deja de quejarte y observa con atención todo lo que voy haciendo». Aquel breve discurso me subyugó. ¿Realmente nos íbamos a enfrentar a criaturas tan inteligentes? Yo pensaba que adjetivos como esquivas o recelosas designaban atributos exclusivos del ser humano. ¿Era posible, pues, que bajo aquellas aguas deambularan criaturas capaces de detectar las posibles fisuras de una trampa pergeñada por humanos? Sinceramente, a mí esto se me antojaba improbable. De todos modos, me dejé cautivar por aquella sabia retórica que convertía una actividad en principio pueril y aburrida en un reto de grandes proporciones. Sin lugar a dudas, mi tío, que había sido informado de la forma y el carácter que poseía mi inteligencia, supo emplear los recursos apropiados para prender mi atención. De modo que, a partir de entonces, procuré grabar en mi mente todos y cada uno de los movimientos que iba ejecutando mi maestro.

Cuando éste dio por finalizada la primera fase de su tarea –que consistía en el montaje de los numerosos utensilios–, yo esperaba que, a continuación, se dispusiese a sumergir el sedal de la caña en las aguas de nuestro *pesquil* para comprobar si nuestras presas habían hecho ya acto de presencia; pero no fue así. Mi tío, parsimonioso, se acercó al carro de las ruedas oxidadas, cogió un cubo blanco y, de su interior, extrajo una ovalada malla blanca repleta de sucios mejillones, un curioso artilugio de cuero y un recipiente rectangular con agujerillos en la tapadera que bisbiseaba. «¿Para qué es todo eso?», le pregunté. «¿Qué te pensabas, que ya había terminado? Pues no. Aún queda lo más importante: hemos de hacer atractivo nuestro *pesquil*. Ellas jamás se detienen sobre un objeto que no les resulte atractivo; como ya te he dicho, son demasiado exigentes. Por eso hemos de depositar en nuestro *pesquil* los objetos que más aprecian, esto es, los mejillones. De lo contrario, no lograríamos captar su atención y, por tanto, no se detendrían en nuestra zona. ¿Es comprensible, no? ¿Acaso nosotros atendemos aquello que no nos interesa? Pues ellas tampoco. En fin, que sin mejillones no hay nada que hacer». «Pero pescaremos con la carne del mejillón, ¿no?», supuse. «En primer lugar, no vamos a pescar con estos mejillones. Estos los utilizaremos como reclamo. Y, en segundo lugar, los mejillones se ceban en el anzuelo enteros, es

decir, con la cáscara incluida. Además, ¿no te has fijado en que las *gametas* tienen dos anzuelos? Pues bien, en uno de ellos pondré un pequeño mejillón; y, en el otro, un cangrejo vivo –mi tío señaló el recipiente rectangular con agujeros en la tapadera–. ¿Que por qué? Pues porque a veces las muy caprichosas desdennan alguno de estos dos manjares predilectos. En cuanto al mejillón, hay que presentarlo con cáscara porque, si no, sería devorado por otras especies menores que no nos interesan. La reina del rompeolas es la única que puede triturar su concha y también el caparazón del cangrejo. Así tenemos la seguridad de que nuestros cebos permanecerán intactos hasta que llegue la presa que deseamos. Y es que las criaturas selectas requieren una pesca selectiva. Nuestra propia sociedad está llena de ejemplos, ¿no te parece?». Yo, gratamente impresionado, asentí. Mi tío me hablaba con entusiasmo, con la misma profundidad argumentativa que, seguramente, empleaba todos los días en el ejercicio de la abogacía. Su mente, como la mía, era extremadamente analítica. Esta circunstancia me apeataba a él –a pesar de que yo no lo conocía demasiado– e incrementaba, por momentos, mi interés por aquella actividad que entrañaba una complejidad inesperada. De hecho, no me interesaba la actividad en sí, sino el modo en que mi tío la diseccionaba y me la transmitía. La mayoría de pescadores se limitaban a sumergir el sedal de sus cañas en las aguas y a esperar que el azar les brindase alguna captura. Mi tío, en cambio, gracias a un minucioso proceso analítico que se iba perfeccionando día tras día, armaba un sólido y sofisticado entramado que garantizaba que el azar no sería el principal proveedor de las capturas. Mi mentor había aprendido, a lo largo de los años, a pensar como sus presas; por esta razón, era capaz de anticiparse a sus movimientos. Nuestras inteligencias, pues, eran gemelas: las dos, para extraer su fruto más recóndito, sometían al mundo –a sus constituyentes– a un intrincado y perseverante proceso analítico. Aquel descubrimiento me consoló. Resultaba gratificante saber que yo no era el único que se asfixiaba entre tanta estulticia.

«¿Y eso para qué sirve?», le pregunté a mi tío, señalando el artilugio de cuero cuya utilidad yo no había podido determinar porque estaba enrollado sobre sí mismo. «Esto, aunque así no lo parezca,

es una honda. Con ella puedo depositar una veintena de mejillones en un área de unos diez metros cuadrados. Desde el final de la plataforma, hay cuatro metros de roca. Después comienza la arena. Pues a pocos metros de la roca, sobre la arena, deben caer los mejillones. La acción de la honda permite que los mejillones no se acumulen en un espacio reducido». «Pero ¿no sería lo ideal tenerlas a todas juntas en un par de metros cuadrados de terreno?», le pregunté a mi instructor, deseoso de que éste me brindara una brillante respuesta que me hiciera ver la luz. «Parece lógico, ¿verdad? Pues no lo es tanto. Cuando era un novato en todo esto, hace ya tantos años, caí constantemente en ese error: lanzaba los mejillones, con mi propia mano, sobre un mismo punto; después lanzaba el cebo sobre esa zona reducida. Con este procedimiento, nunca conseguía más de una o dos capturas, tras las cuales ya no había más picadas. Dime, ¿no te parece extraño?». «No sé... Ahora sueles coger más de dos», le comenté a mi tío, pues eso era precisamente lo que yo tenía entendido, que mi mentor solía regresar a casa con la red rebosante de plata y oro. «Ahora cojo prácticamente la totalidad de las piezas que entran en el *pesquil*. Entonces está claro que algo fallaba, ¿no crees?». «Bueno, tal vez por entonces estos peces no eran tan abundantes en esta zona», argumenté torpemente. «¡No digas tonterías! ¡Estaban por todas partes! ¡Y además eran gigantescos! Es ahora cuando escasean». «Y, sin embargo, ahora capturas más...». Mi cerebro, tan acostumbrado a realizar deducciones complejas, trataba de encontrar una respuesta que me hiciese merecedor, a los ojos de mi tío, de la sabiduría que éste estaba dispuesto a transmitirme. Pero fue en vano. «No sé, tito, esto es nuevo para mí; ahora mismo no se me ocurre nada», le dije finalmente, decepcionado conmigo mismo. «No te preocupes. Yo tardé bastante tiempo en descubrir el motivo. Tardé cierto tiempo en darme cuenta de que estaba haciendo algo mal, y mucho más tiempo en detectar el error y en hallar una solución. Presta atención: si dispusiésemos la siembra de mejillones de tal modo que ellas pudieran comer juntas, en cuanto claváramos alguna su furibunda reacción asustaría a las demás; entonces las habríamos perdido definitivamente. Adiós a la pesca. Un ejemplar, dos, a lo sumo, lograríamos meter en el salobre. Así que hemos de lograr separarlas, obligarlas a desplazarse

de un lado a otro en busca de la comida. Por eso es tan importante la acción de la honda. Ellas devoran un mejillón y, a continuación, se ven obligadas a desplazarse para encontrar otro. De esta forma, cuando clavamos alguna, las demás están lo suficientemente alejadas degustando su manjar o buscando uno nuevo como para no percatarse del alboroto. Además, este sistema crea en sus mentes una sensación de escasez beneficiosa para nuestros intereses: como no pueden localizar todos y cada uno de los mejillones de una sola ojeada, tienden a pensar que escasean y, por tanto, que no hay suficientes para saciarlas a todas. Se establece entonces una situación de competencia que provoca que coman con celeridad, sin tomar apenas precauciones. Es como cuando pones un solo plato de galletas en una mesa rodeada de chiquillos. Como las galletas escasean, su instinto los obliga a masticar rápidamente con el fin de comer el mayor número posible de galletas; pero, si en lugar de uno, pones media docena de platos en la mesa, los chiquillos comen con total tranquilidad. Y, en el caso de nuestras presas, eso es precisamente lo que tenemos que evitar, que coman, según su costumbre, con tranquilidad. En esto precisamente es efectivo mi actual sistema, que ya tiene muchos años. El antiguo era un desastre. Imagínate tres o cuatro kilos de mejillones acumulados en un espacio reducido. ¡Ellas comían con toda la parsimonia del mundo!». «¿Y qué hay de malo en ello? ¿Qué importancia tiene que coman con más o menos tranquilidad? Lo importante es que coman y que caigan en el engaño, ¿no?», quise saber yo, que, por más que lo intentaba, no era capaz de resolver, por mis propios medios, los interrogantes que me iba planteando mi tío. Éste, que intuyó mi malestar —pues sabía perfectamente que mi inteligencia no estaba acostumbrada a toparse con demasiadas barreras—, me dijo: «Todas estas cosas no se pueden saber de buenas a primeras, sobrino. Tienen que pasar muchos años. Fíjate, yo diría que me ha salido una cana por cada cien horas que me he pasado pensando en todo esto. Y mira todas las que tengo. Venga, te voy a ir dando pistas y ya verás como tú solito encuentras la respuesta. Dime, ¿qué crees que pasa cuando un pez cualquiera se traga el cebo? Explícamelo paso a paso». Traté de imaginarme la escena. En cuanto la moldeé con todo lujo de detalles, se la describí a mi tío: «Veamos, el pez se acerca, observa el

cebo, lo olfatea y, si le gusta, lo absorbe, lo saborea y, al final, si no nota nada extraño, se lo traga. Entonces se aleja del lugar. Cuando el hilo se tensa y el pez siente el pinchazo del anzuelo, éste acelera y se retuerce para tratar de liberarse. Pero, debido a la elasticidad moderada de la línea, lo único que consigue es que el anzuelo penetre aún más en la carne. En ese momento, la puntera de la caña se arquea». «Perfecto, sobrino. Yo no lo habría dicho mejor. Bien, ¿y si te digo que ellas no actúan de ese modo? Ellas se acercan al cebo, lo absorben, lo colocan entre sus poderosos molares, lo machacan y, por último, lo escupen. Entonces van devorando los pequeños fragmentos, que, por supuesto, ya se han desprendido del anzuelo. Todo esto lo hacen con tanta meticulosidad, que la puntera de la caña no se mueve ni un solo milímetro». «¿Quieres decir que no se clavan solas?», deduje yo. «Eso es. Ya lo tienes, ¿verdad?». Sonreí ampliamente y, con gran satisfacción, le proporcioné a mi tío la solución que él ya conocía: «Hay que aprovechar el momento en que tienen el cebo en la boca para darle un tirón a la caña y así conseguir clavarlas. Pero, claro, si comen con la tranquilidad con la que suelen hacerlo por naturaleza, la caña no se mueve en ningún momento. ¿Cómo se sabe entonces cuándo tienen el cebo en la boca? Pues no se sabe. Para saberlo, para que la puntera de la caña se mueva, hay que conseguir que cambien su manera cautelosa de comer. Y eso es lo que consigue tu sistema de pesca. ¿Qué te parece?». «Sobrino, eres un lince. Tú y yo nos vamos a entender perfectamente. En poco tiempo serás un pescador de primera».

Tras nuestro intercambio dialéctico, mi tío se dedicó a manejar la honda con una pericia exquisita. Los mejillones, amontonados sobre la superficie elíptica de la honda, salían despedidos por el aire —donde tejían una telaraña azabache— y, como minúsculos meteoritos sincronizados, caían sobre el agua provocando un chapoteo multitudinario. En cuanto penetraban en el agua, aquellas plumas de cuervo se sumergían lentamente en una danza oscilante y arrítmica que las conducía al lecho marino, donde se arrellanaban plácidamente. Después de cinco ráfagas certeras, quedó configurada nuestra alfombra de diamantes negros, en espera de nuestras selectas y caprichosas huéspedes. A continuación mi tío, sentado ya sobre su silla de madera —que tenía entre sus patas delanteras y

traseras dos soportes que mantenían la caña en una posición horizontal—, abrió la caja que emitía bisbiseos y extrajo, de su interior, un pequeño cangrejo que intentaba pinzarle el pulgar y un mejillón menudo tapizado de musgo. Clavó el anzuelo inferior de la *gameta* en el caparazón del cangrejo de modo que la muerte de aquél sobresaliera por el vientre de éste; el segundo anzuelo lo introdujo, después de forzar las valvas con una navaja, en el interior del mejillón, al que, acto seguido, desprovoyó del musgo, que le confería un aspecto sucio y, por consiguiente, poco atractivo. «¿Lo limpias para que destaque entre el resto de mejillones?», deduje yo. «Exacto. Cuando le dé el sol, el caparazón limpio desprenderá destellos que atraerán a la pieza que esté más cerca». «Tito, esto es más interesante de lo que yo pensaba». «Ya te lo dije. La pesca es una ciencia compleja. Y aún no has visto lo mejor». En el mismo instante en que pronunció esta frase, mi tío unió la *gameta* al mosquetón de la línea principal. Entonces mi mentor alzó los siete metros de aquella ligera vara de grafito por encima de su cabeza y, mediante un eléctrico latigazo, proyectó la línea hacia el centro exacto de la zona azul que conformaba nuestro *pesquil*; esperó a que el plomo alcanzara la arena antes de cerrar el *pick-up* del carrete y de tensar la línea; cuando hizo esto, la sensible puntera de la caña se arqueó ligeramente. «Bueno, sobrino, ahora es cuando comienza la espera». Mi tío consultó su reloj de pulsera. «Son las ocho en punto. Normalmente, pican entre las diez y media de la mañana y la una del mediodía. Pero nunca se sabe». «¿Hay alguna razón por la que piquen a esas horas?», me interesé yo, dispuesto a enfrentarme a un nuevo rompecabezas. «No tengo ni idea. Ese es un enigma que aún no he conseguido resolver. Tal vez tenga que ver con el hecho de que el sol está en una posición más elevada a esas horas. O quizá en esa franja horaria se active el mecanismo del apetito en estos peces. Cualquiera sabe».

Estuve unos veinte minutos mirando, casi sin pestañear, la puntera de la caña. Durante ese breve periodo de tiempo, no se produjo el más mínimo movimiento. Esto me desesperó (aún no había entrenado lo suficiente el músculo de la paciencia), pues me había fabricado la esperanza de que, por aquella vez, nuestras presas se acercaran a nuestro sembrado antes de lo que —según mi

tío— solían hacerlo. Pero, evidentemente, ellas no iban a hacer una excepción para satisfacer mi capricho. Así que, como la puntera de la caña permanecía inmóvil —a pesar de lo cual mi tío, imperturbable, no le quitaba el ojo de encima—, retiré de ella mi lacrimosa mirada —el sol, a aquella hora, era ya implacable— y la desvié hacia la derecha. Fue entonces cuando me di cuenta de que teníamos compañía: a unos cien metros, una caña más corta y más ruda que la de mi tío descansaba sobre una roca en posición vertical; detrás de ella, sobre la misma roca plana que la sustentaba, permanecían arrellanados un hombre y una muchacha. «Esos no pescan como nosotros», le comenté a mi tío, que, sin descuidar la puntera de la caña, miró de reojo a la pareja a la que yo me refería. «Ese no tiene ni idea. No ha sacado en su vida una pieza que merezca la pena». «¿Lo conoces?». «De verlo por aquí nada más. Supongo que aquella será su hija. Es la primera vez que la veo por aquí». Después de proferir estas palabras, mi tío se sumió de nuevo en el silencio. Yo, aunque deseaba obtener más información sobre el padre y la hija, no me atreví a hacerle más preguntas. Traté entonces de captar los matices del rostro de aquella bronceada muchacha que lucía un biquini plateado; pero la considerable distancia que nos separaba hizo imposible la tarea de aislar unos rasgos definidos que pudieran despertar en mí algún tipo de reacción. Por el momento, aquella muchacha no era más que un pequeño punto difuminado, como aquellos veleros que se desplazaban a lo largo de la línea del horizonte.

La noción de distancia que representaban aquellos objetos me hizo pensar en la ciudad que había dejado atrás, en la vida de la que me había despedido para siempre. Me di cuenta entonces de que, aunque la distancia física que me separaba de mi pasado no excedía los ochenta kilómetros, mi mente estaba ya en los antípodas del lugar que me había acogido durante los primeros dieciséis años de mi vida. En efecto, a pesar de que hacía poco más de un mes de mi partida, la nostalgia no hacía acto de presencia cuando saltaba en mi memoria una chispa que evocaba las calles de mi barrio o los pasillos de mi instituto. No era de extrañar, ya que, ciertamente, no había ninguna fuerza que me demandara, que arrastrara mi pensamiento hacia su fuente de energía: ni unos amigos fieles, ni un

entorno académico agradable, ni una muchacha tierna y hermosa que me tuviera en consideración. Yo había abandonado un desierto húmedo y frío en el que los únicos oasis que me abrigan eran el de mis padres y, por supuesto, el del ya septuagenario señor Luis, mi amigo, mi confidente. Mis padres me habían acompañado en la mudanza (bueno, en realidad, yo los había acompañado a ellos); el señor Luis, en cambio, se había quedado en su casa cuidando de la única familia que le quedaba: su copiosa biblioteca. Y, aun así, aunque el anciano había sido el lenitivo de mis tormentos prácticamente durante toda mi vida, yo no lo echaba de menos. Sin duda, porque sabía que, a pesar de que su cuerpo no estuviera presente, el anciano seguiría desempeñando un papel fundamental en mi vida por mediación de la correspondencia que intercambiaríamos. Así que a medida que yo –sentado en la plataforma de mi tío– recorría fragmentariamente la senda de mi anodina vida en la ciudad y la comparaba con la instructiva y gratificante vida que, a mi juicio, me esperaba junto a mi tío y mis primos en aquel pueblo costero, una alegría enorme –e injustificada– se fue instalando en mi semblante. Y es que, si bien antes de aquel día –cuando apenas hacía una semana que mis padres y yo nos habíamos trasladado a nuestro nuevo hogar– pensaba que tal vez habría sido preferible continuar a la deriva en un lodazal ya conocido a adentrarse en un lago azul que podía transformarse, con el tiempo, en una ciénaga aún más adversa que la anterior, en aquel momento, mientras la brisa y el sol me acariciaban la piel con su guante balsámico, tuve la certeza de que por fin los rayos de luz habían horadado el oscuro velo que daba forma a mi vida; tuve la certeza de que, en aquel nuevo entorno, apacible y hospitalario, podría subsanar la necrosis que allá, en el cenagal de la gran urbe, me había devorado el alma. En éste, mi vida era la de una sombra taciturna que, en lugar de pisar el suelo con pasos firmes, se arrastraba por las paredes de la ciudad como un ente viscoso y escurridizo que, desde la periferia de aquellas paredes deshabitadas, observaba con tristeza y resentimiento –quizá con envidia– la vida de los que, por fortuna, aún no se habían convertido en sombras. Evidentemente, yo ignoraba por entonces que los lugares no alteran el destino de las personas, que no se puede huir de uno mismo.

La única costumbre de mi vida en la ciudad que pensaba mantener en mi nuevo hogar era la que me obligaba a levantarme de la cama antes de que despuntara el alba. En ese momento, yo interrumpía el silencio de mi casa, el silencio de aquella ciudad que era como un tigre adormecido, con una ducha que desperezaba mi mente y desentumecía mis miembros. A continuación me vestía, desayunaba y, sin perder más tiempo, regresaba a mi habitación, donde, después de acomodarme en un taburete, encendía la lamparilla de mi escritorio, la cual creaba una agradable burbuja de luz en la oscuridad que me rodeaba. A partir de entonces, invertía una hora –la que me separaba del instituto– en la redacción de relatos de todo tipo en los que ya se apreciaba una sensibilidad inusual, un conocimiento del mundo poco ordinario y unos recursos técnicos poco depurados que delataban mi inexperiencia, la inmadurez de mi talento, pero que, en definitiva, dejaban entrever un gran potencial literario. Si yo me sometía a esta rutina era porque ya por entonces tenía plena conciencia de que el don de la palabra escrita, el don de la creación y el de la metáfora estaban presentes en mis genes. Por eso me afanaba en despertarlos de su amodorramiento (todos los talentos son Bellas Durmientes a las que hay que despepear con estímulos constantes), en tallar, con el instrumento de la perseverancia y con el de la disciplina, aquel diamante en bruto que me había regalado la naturaleza. En efecto, yo aspiraba a convertirme en un gran escritor, pues de todas las actividades intelectuales para las que estaba dotado –tanto científicas como humanísticas– la de la literatura era la única que iluminaba mi alma y la única que, a mi entender, podía hacer de mí un individuo libre, independiente e ilustre; la única que, en resumidas cuentas, podía redimirme de la insulsa vida a la que mi diferencia, por el momento, me había abocado. Pensaba yo que, algún día, ocuparía el trono de las letras que me correspondía y, entonces, el mundo no solo me respetaría y me lisonjearía, sino que, además, me abriría sus puertas y me permitiría intervenir en él, por fin, con pleno protagonismo. (Estas ensoñaciones hiperbólicas y pretenciosas que ahora evoco me causan un intenso rubor. Pero hay que disculpar a aquel adolescente que, por no tener nada satisfactorio a lo que asirse en aquel

presente, se agarraba con desesperación a su ambición y a un futuro hipotético).

«¡Qué pasa!», exclamé. Un zumbido había interrumpido bruscamente mis pensamientos. Giré la cabeza hacia la silla de madera y encontré a mi tío erguido, sujetando la caña con ambas manos. La vara de resplandeciente grafito había adquirido una impresionante forma parabólica; la nerviosa puntera, arrastrada por una fuerza invisible e incommensurable, se iba acercando al agua. Daba la impresión de que aquella columna vertebral encorvada iba a estallar en cualquier momento. Cuando comprendí lo que estaba pasando, se adueñó de mí una súbita excitación. «¿La tienes, la tienes?!», le pregunté a mi tío, como si no fuera evidente que, en efecto, había clavado un poderoso ejemplar que trataba de anclarse en el fondo. «¿Tú qué crees? ¿Es que no has visto la picada? No estás por lo que hay que estar, muchacho». «¿Y ahora qué? ¿Te ayudo?, ¿sujeto el salabre?, ¿dónde me pongo?». «Tranquilo, no te aceleres. Voy a tardar un rato en sacarla: es de las gordas. Quédate donde estás y observa con atención». De repente, la caña recibió una fuerte sacudida que la hizo restallar. Mi ritmo cardiaco se aceleró; mi tío, en cambio, mantuvo la calma. «¡Se va a partir!», exclamé. «De eso nada: esta caña es una maravilla. Además, hay que dejar que se clave bien. No hay nada más frustrante que perder la pieza a mitad de camino porque estaba mal clavada». Mientras me instruía, mi tío, manipulando el freno del carrete con la mano que se encargaba también de mover la manivela, fue cediéndole metros a su preciada presa. Crepitaba el mecanismo del freno cuando el hilo salía rápidamente de la bobina; entonces la caña ascendía, suspiraba un momento y, al instante, cuando mi tío trataba de recuperarle algunos centímetros a la pertinaz criatura de la áurea frente, descendía de nuevo como un siervo que hace una reverencia frente al símbolo del dios al que venera. La danza de aquella escuálida bailarina de grafito no cesaba. El que la controlaba conseguía, gracias a su pericia, eliminar de sus movimientos cualquier tipo de brusquedad que la hiciera flaquear y, por tanto, rendirse a la fuerza que la sacudía. La línea se desplazaba rápidamente por el agua de izquierda a derecha; de repente, retrocedió con celeridad. «¡Ves lo que hace, la muy puta! Se viene hacia nosotros para destensar la línea. ¡Son muy

listas, sobrino! Pero esta no se va a salir con la suya». Mi tío, para frustrar la maniobra de aquella astuta estrategia, descendió la caña a una posición prácticamente horizontal, recuperó rápidamente la línea a golpe de manivela y, a continuación, agitó las riendas de su montura de grafito, que se irguió y espoleó el aire como un caballo indómito. Entonces la furia del bravo espárido –que sin duda seguía sintiendo el agujijón de acero forjado entre sus molares– sometió la caña a una torsión tan extrema, que incluso mi tío llegó a temer por su integridad: «¡Mierda, me la va a hacer añicos!». «¡Suéltale hilo, suéltale hilo!», le apremié, olvidando por un momento que él era el maestro. «¡No puedo: está buscando la roca! Si se cobija en algún agujero no habrá manera de sacarla». Sentí en el estómago la angustia y la desazón que nos imponen las situaciones extremas. Nunca habría imaginado que una criatura tan bella y delicada fuera capaz de desplegar una fuerza tan hercúlea, que fuera capaz de ejercer una resistencia que me amedrentara e, incluso, arrojara a mi tío, que, aunque estaba acostumbrado a salir victorioso de aquellas lidias, mostraba, de cuando en cuando, algunos síntomas de flaqueza. Y es que aquella amazona escamada permanecía sumergida en el agua a dos metros escasos de la plataforma metálica y, como un proyectil de platino, se precipitaba hacia el fondo rocoso en busca de algún agujero en el que pudiera atrincherarse o de alguna roca afilada contra la que pudiera rasgar el *monofilamento* que la tenía prendida. Me fijé entonces en que mi tío había bloqueado el freno de la bobina y desbloqueado el seguro de la manivela. Así, cuando la brava valquiria de plata embestía, mi tío invertía el movimiento natural de la manivela y, cuando notaba que la fuerza disminuía, lo recuperaba. Más tarde mi mentor me explicaría que este sistema le permitía controlar con más precisión los arranques de los ejemplares más obstinados: él iba cediéndole terreno a la pieza en función de la fuerza que ésta ejercía. Le cedía, por ejemplo, medio metro de centímetro en centímetro y después le recuperaba, de un rápido tirón, sesenta o setenta centímetros. De este modo, conseguía que la pieza nunca alcanzara aquel recodo salvador al que se dirigía y, al mismo tiempo, la iba acercando cada vez más a la superficie.

Más de veinte tensos e inquietantes minutos tardó mi tío en vencer la resistencia de aquel obstinado ejemplar, que, como una

inmensa lágrima blanca, afloró a la superficie y, exhausta, comenzó a flotar exhibiendo su esbelta librea plateada y la franja ígnea de su frente. En un principio, cuando yo la vi sometida y entregada sobre el agua, experimenté una gran satisfacción, ya que, durante el tiempo que había durado la batalla, había ido creciendo en mí el deseo de capturar aquella magnífica criatura cuya astucia y fortaleza, según lo que me había insinuado mi tío, solo podían ser vencidas por un hombre paciente, inteligente y perseverante; pero en el momento en que comprendí que nuestra victoria significaba la muerte de aquella bella criatura, una sombra de culpabilidad se cernió sobre mi ánimo. Fue la primera vez que experimenté lo que he denominado la paradoja del pescador: por un lado, ansiaba apropiarme de aquel magnífico ser para recrearme en su belleza; por otro, deseaba otorgarle la libertad. «¡Ya la tenemos, sobrino! Ahora hay que acercarle el salabre con cuidado. Son tan listas que, a veces, disimulan estar agotadas y, cuando menos te lo esperas, te pegan un fuerte tirón y te rompen la línea. Mira cómo lo hago». Mi tío se sentó en su silla, elevó la caña, bloqueó el seguro de la manivela, aflojó un poco el freno de la bobina, cogió con una mano el salabre —que tenía una longitud de seis metros—, extendió su pierna derecha —sobre la que apoyó el salabre— y, con sumo cuidado, logró introducir a la desfallecida dorada en la red; colocó entonces la caña en el soporte de la silla y, seguidamente, alzó el salabre hasta la plataforma. «Es preciosa. ¿Cuánto pesará?», quise saber yo. «Unos cuatro kilos. ¿Has visto cómo le brilla la frente? Desde luego, se merece el nombre que tiene». «¿Por qué no la soltamos? Aún está viva». «Te da pena, ¿verdad? Ya sé que se merece la libertad, pero, hijo mío, los ejemplares como este escasean. Vamos, que no se cogen todos los días. Yo suelo llevarme unas tres o cuatro piezas a casa; las demás las devuelvo al agua, sobre todo si son pequeñas. Pero con esta tenemos que hacernos una foto. Tienes que dejar atrás los sentimentalismos; si no, no podrás ser pescador», me dijo mi tío. A continuación éste extrajo, con la ayuda de unos alicates, el maltrecho anzuelo de la poderosa boca de la dorada; acto seguido, metió la hermosa pieza en una amplia red azul que fue a parar al interior de un cubo repleto de agua. «No se te ocurra nunca quitarle el anzuelo con los dedos: te los dejaría hechos papilla», me advirtió

mi tío. Yo asentí con la cabeza y le dije: «Eso si alguna vez cojo alguna». «Por supuesto que sí. Hoy mismo te vas a estrenar. Capturo una más y te cedo la caña, ¿vale? Ahora no te despistes como antes. Quiero que veas cómo pica y cómo tienes que darle el tirón».

Mi maestro, en efecto, capturó a los diez minutos otra dorada de tamaño mucho más reducido. Aunque a mi tío le dije lo contrario, la verdad es que, a pesar de que estuve muy atento, fui incapaz de detectar la picada. No sentí la presencia de la nueva presa hasta que el experto levantó la caña súbitamente y ésta se convirtió en un mayestático arco de triunfo. Así pues, afronté mi turno con ostensible inseguridad: después de que mi tío proyectara la plomada hasta nuestro *pesquil* (aún no me había enseñado a manejar aquel látigo de precisión), yo me senté en su silla adoptando una postura encorvada, rodeé la caña con las manos —sin llegar a tocarla— e incliné la cabeza hacia la derecha para poder ver con más nitidez su sensible puntera, que, como la batuta de un director de orquesta, seguía el ritmo lento que le marcaban las olas. Atenazado, esperé a que se produjese la señal que, en la ocasión anterior, no había sido capaz de captar (seguramente, porque desde mi posición el sol me cegaba). Supuse que la puntera de la caña, aunque fuera por un breve instante, descendería bruscamente anunciándome la presencia de una cautelosa dorada. Pero en ningún momento se vio modificado el ritmo monótono e hipnótico de la puntera. Y, sin embargo, mi tío me gritó de repente: «¡Dale! ¡Dale!». Sobresaltado, tardé un par de segundos en asimilar el contenido del mensaje. Así que mi tardanza, aunque insignificante, me hizo fracasar: levanté la caña e, inmediatamente, la línea se destensó; al recuperarla, noté el peso muerto de la plomada. «¡Te ha robado el cebo, sobrino! ¡Se ha burlado de ti!». «Pero si no ha picado. Tú sí que quieres tomarme el pelo», le contesté, escéptico. «¿Que no ha picado? ¡Anda que no! Dos veces, ha picado dos veces». «Imposible, no le he quitado el ojo de encima a la puntera». «Pues no lo has visto. Y si no lo has visto ahora tampoco lo viste antes. ¿Por qué no me dijiste la verdad?». Avergonzado, no supe qué contestar; temí que mi falta llevara a mi tío a retirarme la confianza. Pero éste fue indulgente: «Olvídate de las picadas escandalosas que hayas visto anteriormente. La dorada, a no ser que la competencia sea mucha, apenas desplaza la puntera

de la caña un centímetro. Así que, en cuanto veas el más mínimo movimiento, le das el tirón». Cuando recogí la totalidad de la línea, los cebos, efectivamente, habían desaparecido. En ese momento, la admiración que mi tío me inspiraba alcanzó grandes dimensiones.

Al poco rato, ya estaba yo de nuevo observando aquel garfio de grafito. Y no tardé mucho en verme nuevamente humillado. Mi tío, paciente, me sugirió que lo intentara de nuevo. Pero la burlesca dorada, como un ladrón de guante blanco, volvió a sustraerme los tesoros en dos ocasiones más. Colérico, impotente, vejado por una bella criatura que se acercaba a mis dominios, se pavoneaba y, cuando lograba lo que la había atraído, escapaba en silencio esbozando una maligna sonrisa, le dije a mi tío que tiraba la toalla. «¿Te vas a rendir ahora? ¿Así te enfrentas tú a las dificultades? Sinceramente, me decepcionas. Creía que tenías un poco más de orgullo», me provocó el hermano de mi madre. «¡Pero es que no lo veo! ¡Cómo la voy a clavar si no veo cuándo pica!», protesté. «¡Concéntrate, muchacho! ¡Deja la mente en blanco!». Así lo hice en la siguiente tentativa: me abstraí del mundo que me rodeaba, desalojé de mi mente todos los objetos que la distraían y, en su lugar, dispuse la puntera de la caña, una diosa negra que lo abarcaba todo, que no dejaba que nada se filtrara desde afuera, ni siquiera el murmullo de las olas o el silbido apagado de la brisa. Entonces lo vi, vi aquel toque sutil que se confundía con el vaivén al que el oleaje sometía a aquella gigantesca puntera que constituía ahora mi mundo. «¡Qué delicada, qué hábil, qué astuta criatura aquella!», pensé. Mis manos, afianzadas ya a la caña, aguardaron a que el aliento de la dorada volviera a soplar sobre la puntera. «¡Ahí está!», vociferé; y, como el cataléptico que emerge de repente de su letargo inmóvil, enderecé mi lanza y me levanté de la silla dando un brinco. Aquel mástil hueco se convirtió, como por arte de magia, en una media luna que, como un cable eléctrico conectado a mi cuerpo, me transmitió las irradiaciones de una fuerza que se me antojó indoblegable. De súbito, aquella fuerza explotó. La caña se escapaba de mis manos sudorosas. Mis piernas, intimidadas, comenzaron a temblar sobre la plataforma. Mi tío, entretanto, me daba consejos apresurados. Pero sus palabras no podían de ningún modo penetrar en mi mente, un caos de conceptos e imágenes que había enco-

mendado mi suerte al instinto. No pudo intervenir mi raciocinio en aquella batalla porque mi presa, que pensaba con mayor rapidez, bloqueaba mi pensamiento. Perdí, pues, el control de mí mismo y, por tanto, tuve que aferrarme a la improvisación. Como mi presa iba siempre unos pasos por delante de mí, pronto comprendí que ésta terminaría infligiéndome una dolorosa derrota. Pero, al cabo de un par de minutos, la situación cambió inesperadamente: la fuerza de la dorada comenzó a menguar y, por consiguiente, a pesar de mi impericia, me resultó cada vez más fácil atraerla hacia la plataforma. Se acercó como la hembra hermosa y displicente que, después de fatigar el orgullo de su pretendiente para determinar así su valía, se entrega afablemente al que la merece. Al parecer, yo merecía aquel combativo ejemplar que pronto estaría sobre la superficie del agua. Alentado por la cercanía de la victoria, aceleré el movimiento giratorio de la manivela del carrete —mientras mi tío me aconsejaba, casi me suplicaba, que la moviera más despacio, que tratara a la dorada con delicadeza—; y, antes de lo previsto, un inmenso destello plateado, que llevaba tatuado un sarpullido de oro, llegó a mis ojos desde el manto turquesa de las aguas. Ahí la tenía ya, inmóvil, a escasos centímetros de la superficie. Dejé entonces de inquietar la manivela, pues me subyugó el tamaño de aquella perla cuya silueta deformaban las aguas ondulantes. Aquel ejemplar era, sin lugar a dudas, más grande que el que había capturado mi tío en primer lugar; y, sin embargo, había presentado una resistencia ridícula. «¿Cómo es posible?», me pregunté. Pensé que, en cuanto izáramos aquel ejemplar que me encaramaría anticipadamente al Olimpo de los pescadores, mi tío me daría una buena explicación. Fue entonces cuando algo me sacudió violentamente el brazo derecho. Era la caña, que se había desprendido de mi mano y que, milagrosamente, se balanceaba sobre la silla de madera. Pude atraparla antes de que se precipitara al agua; y, cuando la levanté, comprobé, confundido y desesperado, que había perdido su brío, que el monofilamento que se deslizaba por sus anillas era una flácida serpiente. Mi mirada, instintivamente, buscó aquel deslumbrante tapiz plateado que me había hecho bajar la guardia; lo hizo antes de que mi mente pudiera deducir que éste no podía seguir donde estaba. Y, sin embargo, lo encontraron mis ojos, espléndido, imperturbable,

sobre el agua. Las dudas me asaltaron: «¿Qué ha pasado? ¿Se ha desclavado? Pero ¿por qué no se mueve?». En aquel momento, mis oídos dieron acceso por fin a los gritos que mi tío profería: «¡Pero qué has hecho! ¡La has dejado escapar! ¡Y encima casi se lleva la caña! ¡Pero en qué coño estabas pensando!». «Ah, ¿la he perdido?», pensé yo, ya que el manto de plata y oro seguía aún en su sitio. «Es una pena. Ya la tenías», dijo una voz extraña. De repente, la luciérnaga del presentimiento iluminó mi mente. Me di la vuelta y me topé con una hermosa muchacha (demasiado hermosa) que llevaba un bañador plateado ceñido al cuerpo y, coronándole la cabeza, una cinta amarilla. Comprendí inmediatamente lo que había sucedido. La vergüenza me congestionó el rostro. «¿Cómo he sido tan estúpido? ¿Cómo he podido confundir reflejos tan parecidos pero, en esencia, tan dispares?», pensé. El movimiento ondeante del agua había distorsionado la realidad que reflejaba y, secundado por la turbación que me había causado el fragor de la batalla, había conseguido confundir mis sentidos.

Aquella muchacha entrometida –que no era ya un punto fugaz, sino una conmovedora realidad– había sido la causa de mi fracaso; una causa que, para no ponerme aún más en evidencia, decidí no manifestar, pues, amén que tal justificación resultaría inverosímil, yo no quería hacer responsable a la muchacha de mi descuido y arriesgarme, de este modo, a ofenderla y a que mi tío, por su parte, pensara que yo, además de torpe, era una persona mezquina. Así que me limité a decir: «Me he despistado un momento y... Es más difícil de lo que parece». La muchacha, con las manos afianzadas a las caderas –que empujaban hacia los lados la parte inferior del biquini con gracia y exquisita moderación–, me sonrió e, ignorando a mi tío –que seguía reprendiéndome–, me dijo: «Y tan difícil. Mi padre no coge ni una. ¿Te importa si me quedo a mirar?». «Claro que no», le contesté, fascinado por su rotunda belleza, tan cercana, tan exuberante, tan deleitosa. En ese instante, las doradas se disolvieron en mi mente como frágiles e insuficientes terrones de azúcar. Ahora era el líquido azúcar que expelía la bronceada piel de la muchacha el que demandaba mi atención. «Habéis cogido alguna, ¿verdad? Lo he visto desde nuestro puesto», dijo la muchacha señalando a su padre con el dedo índice. «Hemos cogido dos.

¿Quieres verlas?». Sin darle tiempo a responder, extraje del cubo la red azul –que chorreaba agua roja– y le mostré a la muchacha los cuerpos rígidos pero bellos de aquellas magníficas doradas que llevaban la muerte grabada en las pupilas. «¡Qué grande es esa! ¡Y qué plateadas! Qué raro, cuando mi padre ha traído algunas a casa eran muy oscuras». «¡Venga, venga, se acabó la pesca!», refunfuñó mi tío. Lo hizo de una manera tan brusca, que, sin duda, molestó a la muchacha, cuya sonrisa huyó presurosa de sus labios. Yo hice caso omiso a las palabras de mi tío y, para integrarlo en la conversación que la muchacha y yo habíamos iniciado, le comenté: «Dice esta chica que las doradas que coge su padre son oscuras. ¿Las hay así?». «En el mercado sí. Son doradas de vivero. Como no les da la luz del sol, se ponen oscuras. Y, al rozarse las unas con las otras, pierden casi todas las escamas». El comentario de mi tío ruborizó a la muchacha, que, tratando de desviar la conversación, se acuclilló, acarició el lomo de la dorada más grande y dijo: «Lo que no entiendo es por qué las llaman doradas si son plateadas». «Es porque tienen la frente dorada. ¿No lo ves?», le aclaré. «Yo no veo nada». Ciertamente, la muchacha no podía ver nada, porque la purpurina dorada había desaparecido de la frente de aquellos ejemplares. «¿Qué ha pasado aquí?», le pregunté a mi tío. Éste me sacó de mi estupefacción: «Cuando se mueren, la mancha desaparece». «Qué curioso», comentó la muchacha, que me mostraba, tal vez sin pretenderlo, el succulento canalillo de sus pechos, vivos, turgentes, sudorosos. «Bueno, ya está bien por hoy. Voy a recoger. Se nos está haciendo tarde», sentenció mi tío.